

GLOBALIZACIÓN

y transformaciones sociales en Occidente

Sophia N. Antonopoulou (02/03/07)

Profesora de la Universidad Técnica Nacional de Atenas

El sistema capitalista internacional de nuestros días se caracteriza por la deslocalización a escala mundial de las actividades productivas y financieras, el incremento de poder de la especulación financiera y la pujanza de las tecnologías de la información. Vamos a intentar en este ensayo interpretar todos estos fenómenos en tanto que manifestaciones del proceso que se ha bautizado con el nombre de *globalización*.

Durante los años siguientes a la II Guerra Mundial, las exportaciones de los capitales de los países capitalistas avanzados hacia el resto del mundo tomaron la forma de inversiones directas, principalmente industriales, por parte de las empresas multinacionales. Esta tendencia se aceleró a partir de los años 60, y llevó a la rápida industrialización de los países de la periferia que participaron en este proceso. De este modo, varios de estos países hicieron su entrada en el mercado internacional en el papel de productores que les había asignado el capitalismo transnacional.

La instalación de industrias en estas regiones trajo consigo el cierre de las correspondientes industrias situadas en regiones tradicionalmente industriales de los países capitalistas avanzados. Así, si tenemos en cuenta los dos aspectos del fenómeno, podremos afirmar que éste ha supuesto el traslado de una parte de la producción industrial desde los países capitalistas –el centro del sistema- hacia países del “tercer mundo” –la periferia-, en la medida en que importantes cantidades de capital industrial europeo y americano emigraron hacia la periferia en busca de paraísos fiscales y mano de obra barata –y también con vistas a penetrar en nuevos mercados hasta entonces protegidos e inaccesibles.

Mientras las grandes empresas multinacionales se transformaban en centros de administración y control de la producción industrial mundial, algunos sectores específicos de la producción o ciertas fases particulares del proceso productivo fueron atribuidos a tal o cuál país, según las “ventajas comparativas” de cada uno de ellos. Esta tendencia se vio enormemente favorecida por el desarrollo tecnológico y la bajada del coste de los transportes. Son éstos dos factores que han permitido segmentar el proceso de producción, repartiéndolo entre lugares muy distantes entre sí. Podríamos así definir la dispersión geográfica de la producción industrial como una descentralización a escala mundial del proceso de

producción. Por el contrario, todo lo que atañe al diseño, estudios técnicos y comercialización de lo producido en los lugares más recónditos del mundo queda concentrado en las sedes centrales de las grandes multinacionales. En este contexto global, incluso numerosas pequeñas empresas están *de facto* integradas en redes de multinacionales en lo que a pedidos, contratos, licencias y acuerdos de todo tipo se refiere, aunque sean independientes en la forma. Este proceso de deslocalización tiene lugar asimismo en el interior de las economías nacionales, en las que las unidades de producción tienden cada vez más a delegar en proveedores extranjeros la fabricación de algunos de los componentes que forman parte de sus productos.

En esta organización transnacional de la producción, las diversas unidades productivas deslocalizadas constituyen los eslabones de las actividades desarrolladas a escala mundial por las grandes multinacionales. En otras palabras, el proceso productivo está caracterizado por un nivel de integración que no es ya el de las economías nacionales, sino el de las grandes empresas multinacionales que operan a nivel global. En épocas pasadas existió ya un mercado internacional de mercancías. No obstante, a diferencia de éste, el que se viene construyendo en nuestro tiempo es un sistema global de producción fuertemente interconectado: si bien la producción se deslocaliza, la gestión y control de la misma están totalmente centralizados en los países avanzados. Este proceso se ve además acompañado de la creación de un mercado internacional del capital financiero. El sistema global de la producción, el comercio y las finanzas, controlado por los países capitalistas avanzados, representa la base económica de la globalización.

El proceso globalizador se ha visto enormemente beneficiado por la liberalización de los mercados y la eliminación gradual de todas las restricciones impuestas a la libre circulación de capitales y mercancías a escala mundial principalmente en el curso de los últimos veinte años, tiempo en el que el neoliberalismo y el monetarismo han sido adoptados universalmente. Uno de los efectos más contundentes de la movilidad del capital ha sido la desmesurada multiplicación de las especulaciones financieras, especialmente en Europa, Estados Unidos y Japón. De acuerdo con el Bank of International Settlements, la especulación sobre los mercados de cambio representó en 1998 una media diaria de 1,5 billones de dólares, lo que supone un volumen que sobrepasaría los 300 billones de dólares anuales (cifras proporcionadas por el FMI en abril de 1999). También en 1998, el valor de los intercambios comerciales a nivel mundial fue de alrededor de 5,3 billones de dólares. En otras palabras, el capital especulado en las operaciones de cambio fue unas 25 veces más cuantioso que el del comercio mundial. En 1997, el PNB de Estados Unidos se elevaba a 7,8 billones de dólares, mientras que el total de los PNB de los países de la OCDE sumaba 34 billones.

Dicho de otro modo, el montante total de la especulación sobre el mercado mundial de divisas fue 35 veces superior al PNB estadounidense y ocho veces mayor al de los países de la OCDE. Y dicha especulación continúa aumentando de manera exponencial. De nuevo según el Bank of International Settlements, ésta supuso un volumen de 590.000 millones de dólares diarios en 1989, 820.000 en 1992, de 1,19 billones en 1995 y de 1,5 billones en 1998. Así pues, entre 1989 y 1998, el aumento ha sido de un 254%. A la especulación sobre divisas, hay que añadir la que se practica sobre acciones y obligaciones. En 1995, el total de transacciones sobre los mercados bursátiles europeos se elevaba a 2,7 billones de ECU para las acciones y de 14,9 billones para las obligaciones. El mismo año, el valor de los intercambios comerciales con países no pertenecientes a la UE fue de 1,1 billones de ECU. Es claro así pues que la especulación financiera ha alcanzado proporciones inéditas, marcando con el sello del parasitismo a todas las economías occidentales. Es ahí donde reside la base de lo que Susan Strange ha llamado *casino capitalism*.

Se indicaba antes cómo ciertos países de la periferia del sistema han sido integrados dentro del mercado global del capitalismo multinacional –que les ha asignado el papel de productores industriales-; asistimos así a la desaparición de la tradicional división del mundo entre unos pocos países industrializados y todos los demás, dedicados a la producción agrícola y de materias primas. Si bien nadie ignora hoy día la realidad de este fenómeno, el contenido concreto de la nueva división internacional del trabajo no ha sido aún claramente definido. El análisis que hasta aquí hemos llevado a cabo nos permite anticipar la siguiente tesis: el sistema capitalista internacional tiende a instaurar una división del mundo entre unos pocos países que se consagran a la gestión y al control del sistema capitalista mundial y a la producción de conocimientos y tecnología -reservándose a largo plazo la producción de artículos de alta tecnología- por un lado, y por otro el resto del mundo, que aseguraría la producción de materias primas, productos agrícolas y artículos industriales en masa.

Esta división del mundo, no obstante, no es más que una tendencia dependiente de una serie de factores y procesos de naturaleza económica, social y política. Así, si los trabajadores de los países periféricos llegan a organizarse y comienzan a reivindicar salarios más altos y mejores condiciones de trabajo, las “ventajas comparativas” de la periferia en lo que concierne al precio del trabajo tenderán a reducirse. Es poco probable no obstante que esto se produzca en un futuro próximo, debido tanto a los regímenes autoritarios como a las altas tasas de paro que son hoy día, característica de muchos de estos países. El paro crea en ellos, en efecto, un auténtico ejército prácticamente inagotable de millones de

personas que luchan por la simple supervivencia. Mientras el capital se acumula en el centro del sistema, la división entre los amos de aquí y el resto del mundo no hace sino agrandarse. La transferencia de las plusvalías de la periferia al centro del sistema toma claramente la forma de una explotación directa de la fuerza de trabajo de los países periféricos por parte del capital metropolitano. De este modo, el modo de producción capitalista que se extiende hoy día a lo largo y ancho del mundo reproduce a nivel mundial la separación de los productores y de los medios de producción, la separación entre el capital y el trabajo.

El papel de la informática

La puesta en práctica de la gestión y el control económicos a nivel mundial hace indispensable el uso de la tecnología informática y de telecomunicaciones, ciñendo así en torno al mundo entero una red capaz de comunicar lo más rápidamente posible cualquier información necesaria. Las comunicaciones se han visto enormemente agilizadas a raíz del desarrollo de las tecnologías digitales y la fibra óptica, que han permitido un avance tanto cuantitativo como cualitativo y han traído consigo la reducción de los costes de transmisión –a través de cable y satélite- de todo género de información.

Una transmisión ágil de la información es indispensable para las operaciones financieras que, como ya hemos visto, ocupan un lugar fundamental en las economías occidentales. Es la informática, en efecto, la que permite la existencia de redes que conectan los mercados financieros entre sí dándoles la posibilidad de transmitirse información a la máxima velocidad y en todas las direcciones. En el mercado de divisas, por ejemplo, millones de dólares pueden cambiar de manos en muy poco tiempo, lo que hace tanto más importante la velocidad de difusión de la información. El caso del famoso George Soros, quien en agosto de 1993 ganó mil millones de dólares en un día especulando sobre la libra esterlina, es el mejor ejemplo de la rapidez y dimensiones de este tipo de operaciones.

No obstante, la informática se ha introducido en el proceso de trabajo industrial bajo una forma que ha sido definida como “de producción flexible”. La nueva tecnología, popularizada bajo las siglas CAM (*Computer aided manufacture*, fabricación asistida por ordenador), se aplica asimismo al campo del diseño industrial por gracia del CAD (*Computer aided design*, diseño asistido por ordenador). También ha revolucionado la nueva tecnología los empleos de oficina y, más ampliamente, todo el sector terciario; haciendo posible la realización automática de numerosas tareas y funciones (en la llamada *electronic office*).

La informática ha entrado en las grandes fábricas, que habían sido ya automatizadas a principios del siglo XX en los tiempos del fordismo introductor de las cadenas de montaje. Sin embargo, incluso sobre éstas, el trabajo tenía un fuerte componente humano. La informática ha transformado este último espacio dejado a la actividad manual y al trabajo humano especializado con la introducción de la robótica -la automatización en general- en la cadena de montaje. Los robots reproducen la flexibilidad y adaptabilidad de los obreros, principalmente en la industria del automóvil aunque también en otros sectores de la producción en serie. La compañía General Electric, por ejemplo, introdujo hace tiempo un sistema de control y coordinación de datos que permite a los robots comunicarse entre ellos y que conecta todas las máquinas -incluso vía satélite- a un sistema integrado. Desde ese momento, la automatización reemplaza al trabajo humano en casi todos los sectores de la producción industrial, del siderúrgico al químico pasando por las refinerías, las industrias textiles o las de electrodomésticos.

Incluso las pequeñas y medianas empresas de todo el mundo han acogido a la informática en su seno. Estas empresas han conseguido mantenerse a la altura que dicta la competencia de las grandes superficies en los casos en que sus productos interesan a un mercado limitado, en comparación a los grandes mercados de consumo reservados a las últimas: en efecto, las grandes superficies no tienen interés en invertir en productos de mercado limitado. A las PYMEs se las considera más flexibles que las grandes superficies y más hábiles a la hora de reaccionar a tiempo frente a las variaciones de la demanda. En otras palabras, dado que no se especializan en la producción de objetos estandarizados destinados a un consumo de masas, están siempre en situación de poder pasar fácilmente de un proyecto a otro y, por consiguiente, de seguir las oscilaciones de la demanda e incluso de producir, en ocasiones, artículos personalizados. Gracias a estas características, las PYMEs mantenían hasta hace aún poco tiempo un gran porcentaje de actividades manuales porque la mano de obra, al contrario que las máquinas, saben muy bien adaptarse al cambio de estructura de los productos. La llegada de la informática ha cambiado las cosas: hoy las PYMEs tienden también a sustituir la mano de obra por máquinas. Por ejemplo, en el sector textil, en el que tradicionalmente ha existido un elevado contenido de trabajo humano, se introducen máquinas para cortar la tela que, siendo controladas por microprocesadores, permiten reducir al máximo las imperfecciones y modificar la forma de las piezas de tela necesarias. Además, pueden integrarse en máquinas de coser igualmente informatizadas.

En la medida en que la informática sirve al control centralizado del sistema mundial de la producción y las finanzas (y a la producción misma), un porcentaje cada vez mayor de las inversiones de los

países capitalistas avanzados se destina a bienes y servicios no materiales: software, diseño, e investigación y desarrollo. Esta es la tendencia que tenemos en mente cuando hablamos de desmaterialización de la economía.

Las transformaciones sociales en Occidente

Los fenómenos que hemos analizado hasta aquí suponen un crecimiento acelerado del sector terciario, incluyendo los servicios que se organizan alrededor de las actividades de gestión y de control de la producción, aquellos relacionados con la producción de conocimientos y técnicas y los que se refieren a la distribución y consumo de mercancías. El crecimiento del sector terciario y la reducción de las actividades industriales en Occidente ha hecho emerger lo que se ha llamado *sociedad postindustrial*.

Esta transformación se refleja, evidentemente, en la composición de la población activa en estos países. Encontramos en primera fila a Estados Unidos, Canadá y Australia. Los trabajadores activos en la industria representan, respectivamente, el 16%, el 15,5% y el 13,5% de la población activa de estos países, mientras que los empleados del sector terciario suman un pasmante 73%. Gran Bretaña les pisa los talones con un 19% de trabajadores en la industria y un 71% en el sector terciario. Asimismo, se observan porcentajes similares en los demás países del capitalismo central, si bien con un cierto "retraso" en esta evolución. El porcentaje de los trabajadores de la industria en Alemania y Japón es más elevado que el de los países primeramente mencionados, con 25,5% y 22% respectivamente, frente a un 60% y 62% de empleados en el sector terciario.

La predominancia de las actividades terciarias en las economías occidentales, conjuntada con las potencialidades ofrecidas por las nuevas tecnologías, ha supuesto el nacimiento de teorías que ven en la informática y la telemática el vehículo de una transformación revolucionaria de la sociedad y de la economía; transformación sintetizada bajo el concepto de *sociedad de la información*. Los principales defensores de estas teorías son D. Bell, A. Toffler, J. Naisbitt y Y. Masuda, aunque también las han defendido algunos otros describiéndolas como la puerta a un futuro color de rosa. Las ideas de estos autores han sido ampliamente divulgadas, popularizadas por los medios, sobre todo por la prensa popular, lo que ha creado enormes expectativas con respecto a la llegada de una sociedad igualitaria y el "nacimiento de una nueva civilización". Las tesis defendidas son, a grandes trazos, las siguientes:

- El conocimiento y la información se convierten en los recursos estratégicos del crecimiento y del bienestar, así como los primeros factores de transformación de la sociedad moderna. Ambos se conciben así pues como los principales elementos socioeconómicos de la sociedad actual, antes aún que el capital y el trabajo.

- En consecuencia, estamos viendo emerger una "nueva clase terciaria", "trabajadores del conocimiento" u "obreros de la informática": los conocimientos y la información empujan a un nivel más alto al contenido del trabajo en la sociedad moderna. Las aptitudes, la profesionalidad y la capacidad son los atributos del nuevo trabajador, que jugará un papel preeminente en la sociedad de la información.

- Los conocimientos y la información son la nueva palanca del poder. A medida que la informática y la telemática difundan conocimientos y datos a toda la sociedad, la estructura del poder se modifica así como los vínculos entre las fuerzas sociales. La nueva sociedad, será, nos dicen, más democrática, más igualitaria, más culta y más rica.

Naisbitt sostiene que las tecnologías de la información echan abajo las jerarquías de la época industrial centralizadora y transforman la estructura vertical de las organizaciones en beneficio de las estructuras horizontales "que hunden sus raíces en las formaciones naturales de grupos humanos espontáneos e igualitarios de personas que piensan de forma semejante".

Estas tesis han ejercido una notable influencia en el campo de las ciencias sociales. Su influencia se ha visto reforzada tras los acontecimientos más espectaculares de la última parte del siglo pasado, empezando por el hundimiento de la U.R.S.S. y el eclipse del marxismo y terminando con la desaparición de la línea de separación entre la derecha y la izquierda, según la cual parece ya imposible diferenciar una de otra desde que se adoptan de forma generalizada –en Occidente y en el resto del mundo- políticas monetaristas y neoliberales. Esta evolución permite comprender la basculación del electorado de un partido a otro, la cual vuelve a poner en el candelero la cuestión de la coincidencia entre opción política e identidad social. Algunos autores, aunque no niegan la existencia de las desigualdades sociales, sí que proclaman a los cuatro vientos la "muerte de las clases". De hacerles caso, habríamos de pensar en las sociedades avanzadas como sociedades que habrían dejado de estar divididas en clases, en las que la fuerza motriz de la estratificación social habría pasado de estar en las relaciones de producción a dividirse entre los valores culturales, el estilo de vida, las líneas de consumo, etc.

Volvamos ahora a las tecnologías de la información. Parece claro que, en lugar de elevar al nivel y contenidos del conocimiento del trabajo de la sociedad occidental contemporánea, conducen más bien a una descualificación masiva del trabajo manual e incluso del sector terciario, como veremos más adelante. Sabremos ver que la descualificación y la degradación del contenido de los conocimientos del trabajo no es otra cosa que manifestación de una tendencia inherente al modo de producción capitalista. La separación entre conocimiento/diseño y ejecución ha sido el principio fundamental de organización y producción del capitalismo desde su emergencia. La ciencia y el saber, aplicados y adaptados a la técnica, son transferidos cada vez más a las máquinas, absorbidos por ellas. Jamás tienen como destino la fuerza de trabajo. A principios del siglo XX, el fordismo y el taylorismo habían racionalizado y ampliado esta tendencia. La informática y la telemática, las calculadoras, los robots y la inteligencia artificial son expresión clara del actual punto álgido de este proceso.

Las técnicas de producción asistida han transformado el proceso de producción y han ocupado el lugar de la mano de obra cualificada hasta un punto nunca visto, gracias a la programación informática. La producción asistida por ordenador tiende a difuminarse entre todos los sectores de la producción: una parte creciente de las competencias que eran propias del trabajo manual, han sido ahora absorbidas por máquinas automáticas. Al mismo tiempo, la automatización expulsa a millones de personas del mundo laboral. Introducimos cada vez más robots en los ciclos de producción y cada vez menos pertenece al futuro lejano la idea de una fábrica automatizada prácticamente libre de obreros.

Hoy día, la informática produce un efecto similar de descualificación de la mano de obra sobre casi todas las actividades del sector terciario. Además, permite reemplazar a los directivos y dirigentes de los niveles bajo e intermedio. Este proceso, al que se ha denominado *corporate reengineering*, elimina así pues varios niveles en la administración corporativa, aplana la pirámide jerárquica sustituyendo a los *silicon managers* que tradicionalmente habían ocupado los puestos directivos más bajos y eliminando de la misma forma cientos de funciones. En su libro *El fin del trabajo*, Jeremy Rifkin¹ aporta múltiples ejemplos de los efectos del *corporate reengineering*, que no obstante no ha hecho más que comenzar. En el mismo sentido, el *Wall Street Journal* publicaba lo siguiente:

“El *reengineering* podría en un futuro próximo eliminar en el conjunto de la economía estadounidense entre uno y dos millones y medio de puestos de trabajo. Los estudios realizados prevén que

¹ RIFKIN, Jeremy: *La fin du travail* París: La Découverte/Poche, 1997 (460 pág.)

durante este proceso, que ahora se encuentra en su fase inicial, se destruirían 25 millones de puestos de trabajo en el sector privado, el cual emplea hoy día a 90 millones de personas.”

En Japón se habrá de hacer frente a una pérdida de 860.000 puestos directivos al término de la próxima ola de reestructuraciones. Asimismo, en Europa la reestructuración de la economía comienza a producir efectos de profundidad.

Las tecnologías informáticas producen un efecto similar, descualificando el trabajo o expulsando a numerosos profesionales del mundo laboral. Las competencias de un ingeniero de caminos, por ejemplo, son absorbidas cada vez más por aplicaciones de software que son capaces de efectuar todos los cálculos relativos a la estática de un edificio o de cualquier otra estructura. El ingeniero tiende, en general, a ser reemplazado por un simple operador de datos, función que podría ser desempeñada por una persona con un nivel menor de conocimientos y experiencia. Es por esto por lo que su función está amenazada. Por contra, ya no tendremos más que a un número relativamente reducido de ingenieros en posesión de un enorme bagaje de conocimientos y experiencia que supervisarán el trabajo de un personal semicualificado. Todas las actividades de diseño se confiarán cada vez con más frecuencia a aplicaciones de software del tipo CAD. La inteligencia artificial absorbe gradualmente las capacidades y competencias de los expertos de casi todos los campos: abogados, médicos, asesores financieros y profesores han sido testigos directos de este fenómeno.

Las nuevas tecnologías han sido introducidas en todos los ámbitos del sector terciario y transforman de manera radical el trabajo en la banca, los seguros, las comunicaciones, el comercio minorista y mayorista, etc. reemplazando en su crecimiento exponencial a todas las categorías de empleados por redes informáticas.

La conclusión que podemos extraer de todo esto es que las nuevas tecnologías tienden a seleccionar a una pequeña aristocracia de *top managers*, de profesionales superespecializados, de diseñadores e investigadores informáticos, de científicos consagrados a la investigación y el desarrollo, de formadores y operadores del “sector del conocimiento”, a los que también se les llama “analistas simbólicos”. Este proceso tiende a derrumbar la jerarquía social hacia abajo, expulsando del mundo laboral a categorías que, hasta hoy, disfrutaban de un cierto prestigio profesional.

Es necesario examinar ahora los casos de las capas sociales subalternas, de los trabajadores no manuales que desempeñan tareas rutinarias, cumplen órdenes y hacen marchar los engranajes

de la maquinaria económica, la mayor parte de las veces sentados frente a un ordenador. Tienen sin duda la capacidad técnica para utilizar un ordenador, pero lo hacen como el obrero-masa maniobraba el torno o la soldadora, lo cual requería de su parte ciertas habilidades técnicas. En realidad, basta con un mínimo de formación para hacer funcionar un ordenador e introducir datos en él. Por ello podemos definir esta categoría de trabajadores como "nuevos obreros-masa". De la misma manera en que el obrero-masa tradicional (el manual) era -y aún lo es hoy- un esclavo de su máquina, el nuevo obrero-masa es un esclavo del ordenador. Como su predecesor, el obrero actual tiene prohibido el acceso al plan general y a la estructura económica; plan y estructura que su actividad sostiene en parte. Por supuesto, debe saber leer y escribir, pero si exceptuamos este hecho (y condiciones de trabajo más cómodas), no es difícil darse cuenta de que la actividad del nuevo obrero-masa está tan privada de cualquier sentido como lo está la del obrero tradicional.

En consecuencia, el paro persistente de numerosas categorías (principalmente en Europa), unido a la desmantelación del Estado social a partir de los años 80, ha provocado la marginación de sectores considerables de la población. El resultado ha sido la aparición de una clase de "nuevos pobres", de *sintechos*, de excluidos. Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías traen consigo la desaparición de numerosos puestos de trabajo en el sector terciario, el sector que, no obstante, ha creado el mayor número de empleos desde el fin de la II Guerra Mundial. La automatización y la deslocalización de las unidades productivas del centro a la periferia ya ha golpeado con dureza a los trabajadores manuales de los países occidentales. En fin, el debilitamiento del control social sobre el mercado laboral ha suscitado el nacimiento de un grupo de trabajadores de nuevo cuño, el cual no hace sino aumentar. Embaucados a tiempo parcial o empleados mediante contratos de duración determinada, siempre mal pagados. La sociedad occidental está convirtiéndose en una "sociedad de dos tercios", según una expresión ya consagrada.

Ha llegado el momento de dedicar algunos comentarios a la idea, defendida por los adalides de las nuevas tecnologías, del aplanamiento de la pirámide social. Aparte del efecto de descualificación de diferentes categorías de empleos subalternos del sector terciario que conlleva las nuevas tecnologías, conviene tener en mente que estas tecnologías contribuyen a la concentración de la gestión y del control del sistema económico mundial en el seno de algunas empresas situadas en los países del capitalismo más *avanzado*. Mencionamos anteriormente que las nuevas tecnologías permiten llevar a cabo transacciones sobre los mercados financieros a nivel mundial. Esta descomunal concentración del poder económico

ha traído de forma paralela una concentración e intensificación del control de la fuerza de trabajo, ya sea éste manual o no. Carlo de Benedetti, quien hace unos años era el principal accionista de la firma Olivetti, definía las nuevas tecnologías como *un instrumento del control por parte del capital* y precisaba que éstas son *fundamentalmente tecnologías de coordinación y de control de la fuerza de trabajo de los empleados de oficina, que hasta hoy han escapado a la concepción taylorista de las tareas laborales*. De la misma manera existe una tendencia a sustituir la supervisión humana por aquello a lo que se denomina *supervisión electrónica*. Según un informe de la Office of Technology Assessment publicado en 1987 con el título *The Electronic Supervisor*, entre el 20 y el 35% de los empleados estadounidenses están bajo el control de sistemas informáticos. Este mismo informe daba la voz de alarma con respecto al riesgo de un futuro orwelliano en el que los empleados de las *oficinas electrónicas ejecutan trabajos monótonos, repetitivos, que se encadenan muy rápidamente y reclaman una atención continua al detalle y en la que el supervisor ni siquiera es ya un ser humano sino una fría máquina*.

Con respecto a la tesis de los teóricos de la informática, según la cual *los conocimientos y la información prevalecen sobre el capital y el trabajo material*, es necesario recordar que las nuevas tecnologías reclaman inversiones gigantescas de capital, como demuestra la existencia de colosos de la informática, tales como IBM o Microsoft, o de las telecomunicaciones, como ATT o ITT. Se trata del capital que controla y que gestiona las nuevas tecnologías y sus servidores (expertos, científicos y otros), y no al contrario.

Por consiguiente, es de todo punto erróneo definir la sociedad occidental actual como una sociedad sin clases. Hoy día, el control de los medios de producción y de la mano de obra es más fuerte de lo que jamás ha sido, rigiéndose no sólo la distribución de las riquezas y el poder, sino también la división del trabajo entre los países de todo el planeta. La distribución de las riquezas y del poder y la división del trabajo en la sociedad capitalista se encuentran en la base de la división de clases y constituyen el principal instrumento de la estratificación social. Las nuevas tecnologías, que son hoy día los medios de organización y de control de la producción industrial y de los servicios, determinan el contenido del trabajo. Tienden a empujar a las categorías medias y bajas del sector terciario aún más abajo en la escala laboral, o a expulsarlas definitivamente del mundo del trabajo. Al mismo tiempo, contribuyen a transformar al obrero-masa de las sociedades occidentales, haciendo de él un apéndice del ordenador. Es claro que el mecanismo de estructuración de clases, es decir, de su estratificación, es hoy por hoy un producto de la dominación del capital sobre la sociedad, como ha sido siempre el caso desde la llegada del capitalismo. Por ello, es imposible mantener

que el mecanismo de estratificación social sea debido hoy día a otros factores diferentes a aquél. Las clases existen todavía en las sociedades occidentales. Todavía no hemos visto nacer un capitalismo en el que las clases hayan dejado de existir.

Hacia una sociedad inhumana

Nuestro análisis se puede resumir en los siguientes puntos principales: si en periodos precedentes existía ya un mercado internacional de mercancías, desde el fin de la II Guerra Mundial hemos asistido a la creación de una red global de unidades de producción y de establecimientos financieros, estrechamente ligados entre sí. Durante este periodo de tiempo, la especulación financiera ha adquirido dimensiones enormes. Sin embargo, mientras que la producción, las finanzas y el comercio se deslocalizan a lo largo y ancho del planeta, la gestión y el control de los mismos se concentran en algunos lugares concretos de los países capitalistas avanzados. Así pues, hemos asistido a una colosal concentración del poder económico y del control sobre los medios de producción sin precedentes en la Historia. De forma paralela a estos fenómenos, hemos presenciado el advenimiento de una nueva división internacional del trabajo. El sistema capitalista internacional evoluciona de manera progresiva hacia una división del mundo en dos categorías: por un lado, los escasos países que se ocupan de la gestión centralizada y del control económico mundial (aparte la producción de conocimiento y tecnología), que tienden a conservar la producción de artículos dotados de un alto contenido técnico. Por otro, los demás países, que se dedican a la producción de materias primas, la producción agrícola y la de bienes de consumo masivo.

Además, la adopción universal de políticas neoliberales y monetaristas en el curso de los últimos veinte años ha supuesto la liberalización de los mercados, eliminándose así las últimas *restricciones* al libre movimiento de capitales y mercancías a lo largo y ancho del globo y potenciándose a la misma vez el control social sobre el mercado laboral. La filosofía política subyacente a estas políticas es la siguiente: el libre juego de las fuerzas del mercado y una competencia sin restricciones permiten, por sí solos, la organización de la economía y la sociedad a nivel nacional e internacional. El mercado es el mejor mecanismo existente para la adjudicación de los recursos. Las opciones políticas en un contexto de economismo brutal y dogmático están prácticamente despojadas de importancia para la economía nacional e internacional. Los directores de orquesta mundiales deben ser los tecnócratas y los financieros. Y sin embargo, la liberación de las fuerzas del mercado lleva a una intensificación del antagonismo económico y destruye las pequeñas y medianas unidades económicas occidentales (las cuales han sido

principales creadoras de puestos de trabajo en el sector privado de las economías occidentales) en todas las esferas de la actividad económica. De forma más general, el proceso de globalización provoca una hipertrofia de las empresas multinacionales y una distribución cada vez menos igualitaria de las riquezas, a nivel tanto nacional como internacional. Conduce, en fin, a una economía que podríamos calificar de totalitaria.

Asimismo, la importancia creciente del sector terciario ha transformado radicalmente el trabajo en las sociedades occidentales y ha modificado en consecuencia la estructura social. La veloz expansión de las nuevas tecnologías ha traído consigo la supresión de múltiples empleos cualificados en todos los sectores económicos. Ha hecho emerger en este tiempo la figura del nuevo *obrero-masa*, un trabajador que desempeña tareas no manuales pero sí rutinarias, y que se comporta como una especie de apéndice de un equipo informático. La informática y la inteligencia artificial afectan igualmente a todas las categorías de puestos ejecutivos y directivos. En estos últimos tiempos han aparecido numerosas funciones medias-altas del sector terciario situadas siempre más y más abajo en la escala social. Informática e inteligencia artificial hacen emerger una pequeña aristocracia de *top managers* privilegiados, científicos, profesionales e investigadores superespecializados. Así pues, las nuevas tecnologías aumentan el desempleo y no crean nuevos puestos de trabajo: no responden así a las grandes esperanzas que en ellas se había puesto. A la misma vez, asistimos a un desmantelamiento del Estado social y el desempleo crónico no parece estar cercano a su desaparición. Las sociedades occidentales parecen orientarse hacia la marginación de grandes sectores de la población y la así llamada *sociedad de los dos tercios* se nos presenta cada vez más como una realidad y no como una exageración alarmista.

La sociedad de la información producida por el capitalismo contemporáneo se anuncia como una sociedad así pues inhumana, subordinada a la lógica de la acumulación de capital a nivel mundial. Los fenómenos que aquí hemos analizado no están exentos de contradicciones profundas, como por ejemplo aquellas que hunden de manera casi endémica y recurrente los mercados financieros, poniendo en peligro la estabilidad del sistema mundial y alimentando el temor a una repetición del crac de 1929. Tenemos así pues fundamentos para afirmar que estos fenómenos no anuncian un camino de sentido único para el futuro. Es por estas mismas razones, que podemos razonablemente predecir, por lo que los pueblos occidentales y los del mundo entero se opondrán al espectro amenazante de una nueva Edad Media. El futuro dirá de qué forma.

Sophia N. Antonopoulou es profesora de economía en la Universidad Técnica Nacional de Atenas. Ha dedicado una de sus obras al pensamiento político y económico de Rosa Luxemburgo.

Ensayo escrito originalmente en inglés y aparecido en la revista *Democracy and Nature* con el título "The Process of Globalization and Class Transformations in the West".

Traducciones al italiano y al francés publicadas, respectivamente en la revista italiana *Libertaria* (octubre-diciembre 2000) y en *Les temps maudits* (junio 2001), publicación francesa de la CNT.

Traducción del francés de Miguel Marqués.